

«trario el sentido.» La descarga de esta batería es ciertamente estrepitosa y sonora; pero todos son truenos sin rayo, y tiros sin bala. *Totum vox; praeterea nihil.* Ufano el castillejo, sin perder una piedra, se mantiene intacto, oyendo tales rimbombos, mas como salva que lo saluda, que como tiros que lo ofendan. ¿Qué sirve tanto decir, y repetir con tanto boato, que todos los textos que el autor cita no deben entenderse como él los entiende, sino como la tradicion apostólica, que de mano en mano ha llegado hasta nosotros, nos enseña: que se le conceden las palabras, pero que se le niega el sentido en que él los toma, acojiéndonos á la tradicion que nos determina la verdadera intelijencia: que la superficie de las voces le podrá ser favorable, mas que la palabra de Dios no escrita nos certifica, que le es ciertamente contrario el sentido? ¿Qué sirven, digo, estas jeneralidades ruidosas, cuando V. no nos da un solo testo entendido segun estas fuentes, que sea contrario al sentido en que el autor lo entiende? Los textos que el autor cita en su grande obra son muchísimos, y al oirlo á V. para todos todos sin dejar uno tiene palabra de Dios no escrita, apostólica tradicion que le enseña, le determina, le certifica la verdadera intelijencia, que no es la del autor: pues ¿cual es? V. que la sabe, díganosla por caridad: saque á luz este tesoro escondido, que por mas que han cabado y profundizado en el campo de las escrituras los Liras, los Abulenses, los Cayetanos, los Maldonados, Salmerones, Marianas, Alápides, Menoquios, Tirinos, y otros innumerables escriturarios, no han podido hallarlo. V. que felizmente lo ha encontrado, no defraude al orbe literario de esta obra verdaderamente grande: de la verdadera intelijencia de las escrituras; segun la tradicion que desde los apóstoles de mano en mano ha llegado hasta nosotros. Muéstrenos el léjítimo y genuino sentido de todos y cada uno de los textos de la escritura, (ó si no quiere tanto, á lo menos de solos los que tiene el autor en su obra) sentido, digo, cual se requiere para la tradicion, que sea *unánime*, con

el consentimiento de todos ó casi todos: *cierto*, que no admita contraste: *inmemorial*, y que no se le muestre principio: *universal*, de todo el orbe católico: *constante*, de todos tiempos, ó sea subiendo de siglo en siglo desde nuestros tiempos hasta los apostólicos, ó sea bajando desde los apostólicos hasta los nuestros. Dénos V. esta obra: *et erit mihi magnus Apollo.* Yo soy un pobre, no obstante cuénteme V. por uno de los asociados á ella. Pero mientras no la saque á luz y nos enseñe, determine, y certifique la verdadera intelijencia de las escrituras, segun la palabra de Dios, no escrita, y apostólica tradicion; permítame V. que mientras tanto, acojiéndome al castillejo de nuestro autor, entienda yo los textos que cita en su obra, como él los esplica en el sentido claro y literal que les da sacado del testo y contesto, y de la combinacion de unas escrituras con otras, de unos profetas con otros, de un testamento con otro. *¿Quid hoc stabilius, quid firmius verbo* (le diré á V. por aora con S. Leon, mientras en su obra no nos saque otra cosa mas firme y estable) *in cuius praedicatione veteris, et novi testamenti concinit tuba, et cum evangelica doctrina antiquarum protestationum instrumenta concurrunt? Adstipulantur enim sibi invicem utriusque foederis paginae.* Dejando pues al autor en su victorioso castillejo, sin que lo hayan dañado los tiros de sus baterías reales, comencémos á ecsaminar el

PUNTO PRIMERO.

Jesucristo no vendrá sino al fin del mundo.

76. Este es el primero de los puntos particulares á que se opone el compendio, y entra V. á defender; y que como dice con razon el compendio, conviene averiguar bien; siendo un punto fundamental y como la base de los demás. Todo lo que en él largamente trata V. siguiendo paso á paso al compendio, podemos reducirlo en breve á tres co-

sas: *al cómo, al cuando, y al fin* á que el Señor vendrá. Al como vendrá: si conocido de todos, ó como un perfecto incógnito. Al cuando vendrá, si solo al fin del mundo, ó mucho tiempo antes. Al fin á qué vendrá, si á juzgar solo á los hombres y volverse al cielo, ó á quedarse en la tierra, reinar y juzgar en ella. Sin perder tiempo comencémos por lo primero.

¿Si cuando volverá el Señor á la tierra vendrá manifesto, ó como un perfecto incógnito?

77. Vemos no pocas veces que varios príncipes jiran por el mundo de perfectos incógnitos, con otros títulos que los que corresponden á personajes de tan alto caracter, y sin aquel tren y acompañamiento conveniente á su grandeza; ó sea por librarse de etiquetas, ó por hacer menos gastos, ó por tener mas libertad, ó por otras razones de estado que yo no entiendo. Pero si así lo hacen los príncipes de la tierra; no, dice V., no lo hará así el rey del cielo en su segundo viaje á la tierra. Vendrá entónces, no como vino la primera vez, desconocido, á oscuras, de noche: *Dum medium silentium tenérent omnia*; sino en el resplandor de su grandeza, con todo el tren de su gloria, y á vista de todo el mundo. *Videbunt Filium hominis venientem in nubibus coeli cum virtute multa, et majestate.* (Math. 24. 29.) Por esto, y con razon, entre mil dimes y directes con el compendio, no acaba V. de maravillarse que diga, pueda venir el Señor con este aparato sin ser conocido de los hombres, como parece lo significa por estas palabras del núm. 6. : "Porque á la verdad (amigo) si nosotros los cristianos que creemos la segunda venida del Señor, nos hallámos cuando él venga en la misma disposición de ánimo que tuvieron los judios al tiempo de la primera venida, ¿quién podrá dudar que corremos el mismo peligro que ellos::: y que nos hallémos esperando, ó por mejor decir, mirando todavia muy lejos esta segunda ve-

nida, al tiempo que se halle verificada, ó se esté ya verificando, y que Jesucristo habite ya muy despacio entre los hombres del mundo, sin que los hombres del mundo se hayan apercebido de su venida?" Peco me importa á mí que el compendio lo diga ó no lo diga: si lo dice: *ipse viderit*; ya le he dicho á V. que mi intento no es defenderlo. Lo que me importa es que lo dijese la obra, como parece lo insinúa V. en su concordancia, repitiendo é inculcando en ella lo mismo que ha dicho en su impugnacion contra el compendio, como si de nuevo lo hubiera hallado en la obra, por estas palabras: "Yo no entiendo este nuestro peligro, pues por mas que nos engañasen nuestros doctores con sus doctrinas, es imposible que no conozcámos al Señor en su segunda venida; ya que no vendrá á la sordina, sino manifestamente en todo el tren de gloria y majestad: *Deus noster manifestè veniet*, nos asegura David." Si ha hallado V. en la obra los sentimientos contrarios, díganos donde: en qué lugar: con qué palabras: y si no lo ha hallado, en vez de indicarlo, confiese V. en su concordancia esta nueva discordancia de la obra con el compendio. Yo lo que hallo en la obra son estos sentimientos enteramente conformes á los del citado evangelista (Part. 2.^a. fenóm. 4.^o §. 4.^o). "Acabada la tribulacion de aquellos dias, ó aquellos dias de tribulacion, el sol y la luna se oscurecerán, caerán las estrellas del cielo, se conmovrán y en parte se desquiciarán sus ejes, y entónces aparecerá por los aires el real estandarte de la cruz. Viéndola, llorarán todas las tribus: y precedido de ella, viéndolo todo el mundo, bajará del cielo á la tierra el Hijo del hombre en toda la grandeza de su gloria y majestad." Si no es esto decir, que vendrá manifestamente y en todo el tren de gloria y majestad, ya no sé como se pueda decir mas claro.

78. ¿Donde pues halla V. que diga la obra, vendrá el Señor incógnito y á la sordina? Viendo yo que V. dice las citadas palabras de su concordancia, hablando de la introduccion de la obra, dije, ¿si allí habrá hallado alguna

cosa que se le parezca? La leo otra vez con esta curiosidad; y no sospechando de lo demás, el *quid pro quo*, que habrá dado motivo á V. me figuro será la paridad que hace el autor de los judios con los cristianos. Sacando de ella lo que puede hacer á nuestro caso, dice así: "Como los rabinos con sus interpretaciones fueron la causa de que los judios no conociesen al Mesías en su primera venida, así nuestros doctores con las suyas pueden ser la causa de que nosotros los cristianos en la segunda venida del Señor caminemos al mismo precipicio." ¿Pero á cual? ¿Al de no conocer al Señor en su segunda venida, como no lo conocieron los judios en la primera? Si así lo ha juzgado, este es un precipicio que V. se ha abierto, y en que nunca ha pensado el autor. ¿Ni como pensarlo, cuando á letras cubitales escribe: "que vendrá desplegado el estandarte de su cruz en toda la grandeza de su gloria y majestad, llorando todas las tribus, y viéndolo todo el mundo?" ¿Puede ser visto de este modo, y no conocido? Por mal que piense V. del autor, no lo haga tan ciego que caiga en una tan manifiesta contradiccion. Todos saben que una paridad no arguye igualdad en todo, sino una semejanza de una cosa á otra.

79. Pues si no es este, me pregunta V., ¿cual otro es el precipicio á que caminamos los cristianos sin pensarlo, por las interpretaciones de nuestros doctores? El precipicio á que caminamos, mi Sr., no es al de no conocer al Señor en su segunda venida, sino al de no conocer las señales de su segunda venida; y no conociéndolas no estar preparados y prevenidos á recibirlo, como no lo estuvieron los judios en la primera. Esta, y no otra es toda la fuerza de la paridad. Una de las señales mas principales, dejando otras, que precederán la segunda venida del Señor, será la persecucion terrible del antieristo; y podrá suceder que la estemos padeciendo en su mayor furor; mas porque no vemos este hombre singular de raza judio, y monarca universal de todo el mundo, cual nos lo tienen descrito nuestros doctores, no conozcámos ni al perseguidor, ni la persecucion; y no co-

nociéndola no nos guardémos de sus engaños y violencias; y no guardándonos, y no previniéndonos en toda virtud y santidad, suceda por nuestra culpa, lo que ciertamente sucederá como está profetizado, que nos coja el día del Señor, como cojió á los hombres el diluvio universal: *Sicut autem in diebus Noé, sic erit adventus Domini.* (Math. 24. 37.) ¿Y como cojió á los hombres el diluvio? Noé, alternando el ministerio de la predicacion con la fábrica del arca, les avisaba el castigo inminente sobre sus cabezas; pero los hombres sin hacer caso de lo que veían, ni temer de lo que oían, proseguian pasándolo alegremente, comiendo, bebiendo, banqueteeando, y celebrando bodas hasta el día mismo en que entró Noé en el arca: y así sin que lo conociesen despues de tantos avisos, les vino encima el diluvio, y los anegó á todos. Pues sabed, nos dice S. Mateo, que de este modo será la segunda venida del Hijo del hombre: *Sicut enim erant in diebus ante diluivium comedentes, et bibentes, et nuptui tradentes, usque ad eum diem, quo intravit Noé in arcam: et non cognoverunt donec venit diluivium, et tulit omnes: ita erit et adventus Filii hominis.* Saben de fe los cristianos, que vendrá ciertamente aquel día grande del Señor; pero prevenidos de otras ideas, juzgándolo todavia muy lejos, cuando estará ya á la puerta, los sobrecojerá repentinamente como si no lo supieran, y quedarán cojidos en él como en un lazo oculto y no previsto. Así nos lo asegura S. Lucas. (21. 34.) *Repentina dies illa: tanquam laqueus enim superveniet in omnes, qui sedent super faciem terrae.* No, que cuando llegue aquel día no hayan de ver y conocer todos el sol de justicia que lo ilustrará con todas las luces de su gloria y majestad; sino que no advirtiéndolo en las señales de su venida, será para ellos un día repentino: *Repentina dies illa:* un día pintado de los evangelistas como un cuadro á claro oscuro: claro en el mismo día que nos dará con todo el sol á los ojos; pero oscuro, por nuestras preocupaciones, como la noche, en las señales que lo precederán. Visto

ya el como de la venida del Señor, véamos aora el cuando vendrá.

¿Cuando vendrá el Señor, si solo al fin del mundo, ó tiempo antes?

80. Todos sabemos, que *de die illa, et hora, nemo scit, neque angeli coelorum, nisi solus Pater.* (Math. 24. 36.) No habiendo el Señor revelado ni á los ángeles del cielo el día y hora de su venida, sería una temeridad de los hombres de la tierra querer penetrar los secretos reservados á sola su sabiduría. No es pues nuestro intento averiguar este día y hora particular, sino solo el tiempo en jeneral, de la venida del Señor. Si no se ha dignado por sus altísimos juicios revelarnos lo primero; por lo que nos ha dejado escrito en sus escrituras podemos baruntar lo segundo. Hablando pues del tiempo en jeneral, preguntámos: ¿cuando volverá el Señor del cielo á la tierra? Nuestro autor por lo que ve en las escrituras, cree, que volverá, no al fin del mundo, sino mucho antes. A esta respuesta con donaire gracioso le dice V. (n.º 50. impug.) *Soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería.* Y lo que halla V. de mas raro es, el sitio donde lo ve, que es en los testos que cita: uno de S. Pablo, que hablando del anticristo, dice: *Quem Dominus Jesus interficiet spiritu oris sui* (2.º ad Thes. 2.º) otro de Isaías (cap. 11.) que repite lo mismo: y otro del Apocalipsis (cap. 19.) donde S. Juan comienza diciendo: *Et vidit Bestiam &c.* En estas palabras ve nuestro milenarío, que cuando venga Cristo matará al anticristo. Pregunto yo: ¿V. no lo ve? Á mí me parecen las palabras tan claras, que basta tener ojos y saber leer para verlo. Isaías en el lugar citado dice: que cuando el Señor venga *Percutiet terram virga oris sui, et spiritu labiorum suorum interficiet impium.* Este impío no es otro que el anticristo. S. Pablo hablando del mismo impío ú hombre de pecado, repite:

Quem Dominus Jesus interficiet spiritu oris sui, et destruet illustratione adventus sui. S. Juan en acto de una batalla campal, nos pone por una parte al Verbo de Dios, al Rey de reyes, y Señor de señores, que no puede ser otro que Cristo, sentado sobre un blanco bruto, coronada de muchas diademas su cabeza, con un vestido bordado de la púrpura de su sangre, centellando llamas de indignacion por sus ojos, armado de una espada de dos filos en su boca, y seguido de todos los ejércitos celestiales, vestidos de blanco lino, que apostaba candores con los caballos que montaban. Por otra parte, para hacer frente al Rey del cielo, pone á la bestia de siete cabezas, en la cual está simbolizado el anticristo con los reyes de la tierra y sus ejércitos. El escito de la gran batalla nos lo describe el evangelista, como testigo de vista, que lo vió en estos términos: *Et apprehensa est bestia, et cum ea Pseudopropheta::: vivi missi sunt hi duo in stagnum ignis ardentis sulphure. Et caeteri occisi sunt in gladio sedentis super equum, qui procedit de ore ipsius.* Como no era ciego el autor, no pudo menos que ver en el sitio que vió, esto es, en los tres testos referidos, lo que claramente dicen, es á saber: que cuando Cristo venga, dará muerte al anticristo. Aora, supuesta esta verdad, contestada con el testimonio de tres testigos dignos de toda fe, verá muy poco quien no ve, que habiendo de dar Cristo muerte al anticristo al tiempo de su venida, Cristo no vendrá al fin del mundo, sino mucho antes. La razon es clara: porque despues de la muerte del anticristo, y antes del fin del mundo, apenas se hallará intérprete (si se halla alguno) que no admita como cierto un espacio de tiempo intermedio, mayor ó menor, determinado ó indeterminado; (cuanto haya de ser, lo examinaremos luego) y por lo mucho que para entónces está profetizado, verémos que no puede ser corto. Luego este mismo tiempo es necesario que lo admitan antes del fin del mundo, y despues de la venida de Cristo, quien, como hemos visto, dará muerte al anticristo.

81. Este argumento, que á mí me parece de la mayor eficacia, cree V. responderlo con las preguntitas que hace en el citado número de su impugnacion. «Bien! (dice V. en la primera) y aunque venga Cristo al fin del mundo, ¿no podrá del mismo modo quitar del medio al anticristo? 2.^a ¿Y no lo puede hacer del mismo modo antes que parta del cielo y se ponga en viaje para la tierra?::: ¡Ah! que el álito de Jesus, como las manos de los reyes, se estiende muy lejos. Aun cuando el álito se entienda literalmente, puede con él desde la diestra del Padre, sin moverse, herir mortalmente al anticristo.» Comencémos por esta segunda. Aquí no tratamos de lo que Dios puede hacer: nadie ignora que su poder es infinito, y que puede hacer todo lo que quiere. *Omnia quaecumque voluit, fecit.* Se trata de lo que hará, porque así lo ha querido. Y cuando ha querido hacerlo mas bien de un modo que de otro, ¿toca al hombre miserable prescribir leyes á la voluntad de Dios? «Pudo el hijo de Dios (dice muy bien nuestro autor, Part. 2.^a fenóm. 4.^o §. 4.^o) sin hacerse hombre, ó hecho hombre sin morir en una cruz, redimir al hombre del pecado; no siendo necesaria una satisfaccion tan copiosa. Pudo Cristo con una sola palabra, con un acto solo de su voluntad resucitar á Lázaro. ¿Qué necesidad habia que hallándose distante, *trans Jordanem, ubi erat Joannes baptizans*, se moviese y caminase á Betánia?::: Haya, ó no haya necesidad, no es del hombre ciego y limitado dar á Dios reglas para enseñarle lo que debe hacer.» Si el hombre Dios ha querido por los fines que él sabe, y sin consultarnos á nosotros, venir por sí mismo y en persona á dar muerte al anticristo, ¿querrémos nosotros oponernos é impedirle el viaje, porque no se canse? Dejémos obrar á Dios, y sin meternos en el gabinete de sus consejos humillémos nuestra mente, adorémos sus juicios, y creamos sus palabras como están escritas.

82. Á la otra pregunta de V. «Y aunque venga Cristo al fin del mundo, ¿no podrá del mismo modo qui-

tar del medio al anticristo?» Yo le respondo como respondió un niño á su párroco: éste habiéndole enseñado como Dios por su inmensidad estaba en toda parte y lugar, le preguntó por pillarlo, ¿si estaba en el traspatio inmundo de su casa? El niño le respondió francamente que no. Replicándole el párroco que tambien estaba allí; pero como el sol con sus rayos sin ensuciarse, el niño sin perderse le repitió, que no estaba, porque no habia traspatio en su casa. Del mismo modo respondo yo á la pregunta de V. No podrá Cristo al fin del mundo matar al anticristo, porque en el fin del mundo no habrá anticristo. ¿No ve V. que darle vida al fin del mundo para que lo maten es suponer lo mismo que debia probar? Si solo al fin del mundo diera Cristo muerte al anticristo, no hubiera tiempo para que se cumpliesen las muchas y grandes cosas que, segun están profetizadas, deben cumplirse despues de la venida del Señor, y antes del fin del mundo. La primera de ellas será la conversion de los judíos, tantas veces y de tantas maneras anunciada en las escrituras. La segunda, su repatriacion á la tierra prometida á sus padres, congregándolos de todas las cuatro partes del mundo, en donde estaban dispersos, con mayores prodijios que los que obró Dios cuando los sacó de Egipto. La tercera, el descubrimiento del arca del testamento, del tabernáculo, y del altar de los timiamas que Jeremias depositó, por mandato de Dios, en una cueva del monte Nebo, donde Moisés despues de haber visto la tierra prometida, cerró los ojos para no abrirlos mas. La cuarta, la nueva division que se hará de la tierra prometida entre las doce tribus, muy distinta de la que se hizo en tiempo de Josué, y menudamente demarcada en el capítulo último de Ezequiel. La quinta, últimamente, la expedicion de Gog contra los hijos de Israel, ya establecidos en la tierra de sus padres, y defendidos de Dios con pérdida de aquella inmensa multitud, como se describe en los capítulos 38 y 39 del mismo Ezequiel. Todas estas cosas piden tiempo, y no poco, y todas sucederán antes del fin del mundo, y des-

pues de la venida de Cristo, y muerte del anticristo.

83. Apunta el compendio los dos primeros sucesos de la conversion de Israel, y su vuelta á la tierra prometida: y V. luego lo ataja en el n.º 51 diciéndole, "que cita los capítulos 30 y 31 de Jeremias; 20, 23, 34 y 36 de Ezequiel, en los cuales es verdad que se habla de la vuelta de los Israelitas á la tierra prometida á sus padres; mas no se dice que esta deba suceder en el tiempo intermedio que correrá desde la muerte del anticristo hasta el fin del mundo, que es lo que necesitaba probar::: El autor no repara en esto." Y yo le digo á V. que si el compendio no repara en eso y no lo prueba, el autor no lo pasa por alto; antes sí lo prueba, y bien. Con lo que verá V. si tuve razon en decirle, que lo que es impugnacion del compendio, no lo es, ni puede serlo de la obra. Antes de darle la prueba quisiera me sacase V. de una curiosidad, y es: ¿por qué hablando el compendio de los dos sucesos, de la conversion de Israel y de su vuelta á la tierra prometida, solo del segundo le dice, que no prueba como debia probar, qué sucederá en el tiempo intermedio entre la muerte del anticristo y fin del mundo? ¿Es acaso porque el primero no se pueda dudar qué sucederá en ese intermedio? Yo seguramente así me lo juzgo. Vió V. que la conversion de Israel estaba reservada al profeta Elías, quien arrebatado al cielo sobre un carro de nubes: *Ascendit per turbinem in coelum*, (4. Reg. 2. 11.) se mantiene en vida para ser el apostol, y venir á reparar las pérdidas de la casa de Jacob, como nos lo enseña el Eclesiástico: *Qui scriptus est in judiciis temporum, lenire iracundiam Domini, conciliare cor Patris ad filium, et restituere tribus Jacob*. (c. 48. v. 10.) casi lo mismo repite Malaquías: *Et converte cor Patrum ad Filios, et cor Filiorum ad Patres*. (c. últ. v. 5.º) Y mas breve Jesucristo por S. Mateo: *Elías quidem venturus est, et restituet omnia*. (17. 11.) Aora: Elías, dijo V., ha de ser el precursor de la segunda venida del Señor, como el Bautista de la pri-

mera; y por eso dijo el mismo Malaquías, que vendrá antes del dia grande y horrible del Señor: *Ecce ego mittam vobis Eltam Prophetam, antequam veniat dies Domini magnus, et horribilis*. Luego por el tiempo de la venida del Señor, que será tambien el de la muerte del anticristo ha de ser la conversion de Israel; y por no cometer un anacronismo, dejó este suceso en su lugar, y solo reparó en el segundo de la vuelta de los Israelitas á la tierra prometida, diciendo: que aunque en los lugares citados se habla de ella, pero que no se decía qué sucedería en el tiempo intermedio entre la muerte del anticristo y fin del mundo.

84. Pero nuestro autor, como le dije, muestra que estos dos sucesos están unidos, y que al primero seguirá inmediatamente el segundo. Las palabras de Jeremías (c. 30.) con que lo prueba (Part. 2.ª fen. 5.º art. 1.º §. 4.º) no pueden ser mas claras: *Ecce enim dies veniunt, dicit Dominus, et convertam conversionem populi mei Israel, et Juda, ait Dominus*. (Vea V. aquí el primer suceso de la conversion de Israel y de Judá.) *Et convertam eos ad terram, quam dedi Patribus eorum, et possidebunt eam &c.* (Vea aquí el segundo de la vuelta de todos los israelitas á la tierra prometida.) Y para que vea tambien que todo esto sucederá por el tiempo de la venida del Señor, oiga como el mismo profeta (c. 16. v. 7.) hace mencion de ese dia grande y terrible: *Vae! quia magna dies illa, nec est similis ejus, tempusque tribulationis est Jacob, et ex ipso salvabitur*. Este es el primero de los textos arriba citados: no ecsamino los otros por no detenerme, y porque basta solo este para que quede probado nuestro asunto; mas no puedo dispensarme de seguir á mostrarle, que esta misma será la época de los restantes sucesos.

85. El tercero del descubrimiento del arca, ¿cuando sucederá? El mismo Jeremías, con ocasion de corregir algunos curiosos que quisieron observar el lugar del depósito, nos declara el tiempo en que sucederá, y dice: que estará desconocido el lugar, hasta que llegue el tiempo en que